

De repente, el destacamento empezó a dispersarse por el recinto, y mientras varios *mossos* se apostaban sobre la barandilla, en el muro que cierra la plaza de Santa Maria, otros se dedicaron a colgar carteles por todas partes.

—«Edificio requisado por la Generalitat para el servicio a las instituciones del pueblo» —leyó Benet en voz alta.

No hacía ni media hora que los *mossos* habían tomado posesión del monasterio cuando llegaron dos camiones forrados con colchones y cargados de hombres vestidos de paisano. Bajaron unos cuantos, la mayoría con un pañuelo en la cabeza para protegerse del sol, que en julio ardía. Iban armados con



escopetas y pistolas, llevaban cartucheras cruzadas sobre el pecho y al hombro, y alguno blandía aquella misma bandera negra y roja que ondeaba en el campanario y en algún tejado de Monistrol. Cuatro hombres empezaron a descargar bidones de gasolina de uno de los camiones.

—¡Virgen santa! ¿Quieren prender fuego a Montserrat?

Aquellos exaltados pertenecían al Comité Revolucionario de Monistrol, un grupo de milicianos de la comarca que habían subido por las carreteras que llevaban a la montaña y se habían plantado ante las puertas del monasterio con una intención destructiva entre ceja y ceja. Pero los *mossos* habían llegado antes.

Uno de ellos le pidió al abad que se retirara y este obedeció, seguido de Benet, que no fue demasiado lejos porque no quería perderse ningún detalle de lo que ocurría.

Los milicianos tenían intención de pasar y los *mossos* les dejaron bien claro, dispuestos en formación de defensa y encañonándolos con los fusiles, que estaban allí para impedirlo. Uno de los cabecillas parecía enrabiado. Era alto y fuerte, de mirada tenebrosa y una expresión cruel y maliciosa en el rostro. Tenía la mano izquierda sobre la empuñadura de la pistola y gesticulaba y blandía el brazo derecho con mucha energía. Se encaró con el responsable de los *mossos* y casi llegan a las manos. Suerte que, en ese preciso momento, irrumpió en la plaza un coche a toda velocidad. De dentro salió un hombre de edad avanzada, gafas redondas y barba blanca, muy

elegante con un traje gris perla. Era el doctor Joan Solé i Pla, enviado del consejero de Cultura.

El cabecilla de los incendiarios lo reconoció y se acercó. Los dos hombres se saludaron con un amistoso apretón de manos y se separaron un poco de los otros para hablar a solas.

Benet logró acercarse sin que lo vieran para escuchar lo que decían.

—Debe desistir de lanzar ninguna bomba incendiaria —le pidió el doctor Joan Solé i Pla al tipo, señalando los bidones de gasolina.

—¡Estos chicos tienen muchas ganas y yo también! —dijo el otro, con grandes aspavientos.

—Ya lo sé; ya he visto lo que han hecho en otros templos. Pero a nosotros nos ha enviado el Gobierno de la Generalitat de Cataluña desde Barcelona para garantizar que eso no ocurra aquí. Ahora Montserrat es propiedad del pueblo, y no querrá quemar algo que, en realidad, también es suyo, ¿verdad? —Y con la barbilla señaló al grupo de milicianos.

El hombre asentía dando cabezazos.

—Además, no hemos encontrado la menor resistencia —le aseguró el elegante doctor mientras le enseñaba el decreto de incautación y le mostraba los carteles ya colgados en todas las paredes y columnas que confirmaban que Montserrat pertenecía al pueblo.

Los dos hombres se estrecharon largamente la mano y se dirigieron hacia el grupo de milicianos.

Benet corrió de nuevo junto al abad y ambos se miraron con cierto alivio.

De repente, uno de los *mossos* sacó una botella de



Aromes de Montserrat que llevaba en el coche e invitó a los milicianos que esperaban alguna orden, fumando y charlando, a beber un sorbo de ese licor de hierbas. Se fueron pasando la botella animadamente, hasta que se oyó al cabecilla gritando con voz autoritaria:

—¡Todos a los camiones!

—¿Y cómo se entiende esto? —protestó un miliciano—. ¿Debemos dar marcha atrás?

—¡Pues sí! ¡Nos vamos a Vic! Allí nadie podrá evitar que cumplamos con nuestro deber, ¡no os preocupéis!

Pero algunos hombres no acababan de estar del todo de acuerdo, y se levantaron varias voces en contra de la decisión.

—¿No habíamos venido a quemar la abadía?

—¡He dado mi palabra y la cumpliré! Al igual que vosotros cumpliréis mis órdenes —sentenció el cabecilla, que, con la pistola en la mano, apuntaba en dirección a los camiones para que los hombres subieran a ellos.

Los camiones se pusieron en marcha, y cuando ya habían salido del recinto para abandonar Montserrat, el abad se acercó al doctor Solé i Pla.

—¿Qué le ha dicho al líder de los milicianos, doctor?

—Me debía una. Simplemente le he recordado que hace unos años le salvé la vida a su mujer.

